

—Pienso que *Mujer en traje de batalla*, como suele ocurrir con las novelas caribeñas, encierra distintos niveles de lectura. Uno de ellos está compuesto por reflexiones sacadas de mi propia experiencia, de mis observaciones. Entre éstas, figura la que usted menciona. Por mucho que nos disguste afirmarlo, hay que concluir que nadie es como pretende ser. Claro, si pretendemos ser lo que no somos es para obtener ventaja de ello, como son los casos de Enriqueta y de Robert. Por otra parte, nada malo veo en ello. ¿Acaso no usamos desodorante para eliminar el olor natural del sudor?

—*Hay muchos escenarios en la novela, muchos países que se recorren. ¿Fue concebida como una suerte de epopeya?*

—Sí, así fue como me la imaginé desde el principio. Su estructura, claro, es épica en el sentido de que escapa a las tres consabidas partes que definen la estructura dramática. En cuanto a si es una epopeya, no sé. Para mí es más bien una novela de personajes.

—*Esa segunda persona que aparece en el comienzo de la novela, Enriqueta Faber contándose a sí misma su propia vida, ¿es un recurso que podríamos asociar con cierta escondida, última inseguridad de una mujer sumamente audaz para su época, pero que no puede hablar en primera persona, que no puede afianzarse en el yo?*

—No, no fue ése su propósito. Ocurre que ese texto, dentro de la trama novelesca, es «real». De modo que debía diferenciarlo del resto, que es una suerte de *flashback*. Eso, sin embargo, no quiere decir que no tuviera dudas sobre mi capacidad de escribir la historia de una mujer en primera persona. Probé hacerlo en tercera, pero el relato no me pareció convincente y decidí agarrar el toro por los cuernos. Después de todo, ya desde la época de mis primeros libros, había escrito cuentos con protagonistas femeninos narrados desde la primera persona, digamos, «Estatuas sepultadas» y «Primer balcón».

—*¿Qué prima en esta novela, la necesidad de indagar en la Europa de la conquista napoleónica y el Caribe de las primeras batallas contra la esclavitud o la de indagar en una mujer desenfocada para su época, capaz de abrir un cuerpo, vestirse de hombre, ir a la guerra, amar a hombres como a mujeres?*

—Pienso que todas esas cosas a la vez. Siempre vi esta novela como una mina de oro. Dadas sus enormes posibilidades, se prestaba a que tratara dentro de ella no sólo la problemáticas de la libertad individual y de la mujer, sino la de la esclavitud y la discriminación racial y étnica, mis sentimientos antibelicistas, mi interés por el tema histórico, incluso mis ideas sobre lo que debe ser una novela en estos tiempos.

—*En su libro hay más ficción que documentalismo histórico. ¿Ganó la ficción o para usted debe ganar siempre la ficción, aunque se trabaje con material histórico y biográfico?*

—No estoy tan seguro de que *Mujer en traje de batalla* traicione, en lo fundamental, la vida real de Enriqueta Faber. Naturalmente, me he tomado libertades; tantas, que lo que se sabe de su vida cabe en una página y la novela tiene más de quinientas. En cualquier caso, soy de la opinión de que las biografías, incluso las autobiografías, tienen mucho de ficción. Recordará que Enriqueta reflexiona sobre este punto. En cuanto a mí, me gusta pensar que soy, antes que nada, un narrador, un cuentero que trata de interesar al lector con su relato.

—*En esta obra, como usted mismo afirma, confluyen el romance, la picaresca, el relato de guerra, la crónica de viaje, el realismo, el naturalismo, la erótica, la novela jurídica y el relato histórico; incluso considera que entran en juego aspectos de la novela de formación o aprendizaje. Proyecto, por cierto, ambicioso. ¿Es una novela totalizadora?*

—Ésa fue mi intención. Verá usted, la historia de la novela puede entenderse como una serie de rupturas estilísticas y temáticas. Al didactismo de la novela neoclásica siguió el sentimentalismo de la novela romántica, que a su vez fue sucedida por las escuelas realista y naturalista. Después vienen las novelas modernistas y vanguardistas, que en Hispanoamérica se llaman «del boom», y a continuación aparece la novela del «post-boom». Independientemente de estos tipos de novela, está el tema fantástico, que pasa de la corriente gótica a lo que Carpentier llamó «lo real maravilloso» y a lo que hoy llamamos «realismo mágico». No obstante, hoy vivimos en un mundo internacional, inclusivo y posmoderno, en el sentido de la coexistencia de lo diverso. Así, quise hacer de *Mujer en traje de batalla* una novela inclusiva, donde coexistieran técnicas y valores narrativos explorados tanto por los novelistas del pasado como por los del presente.

—¿Enriqueta Faber carece de bovarismo? ¿Cuál es la figura literaria que más se le parece?

—Enriqueta pertenece a la misma raza literaria que la Natacha de *La guerra y la paz*, mujeres que tienen ocasión de vivir en grandes tiempos históricos y que, a pesar de las caídas, logran renacer como el ave fénix. Bien mirado, también tiene semejanzas con la Scarlet O'Hara de *Lo que el viento se llevó*.

—Proliferan hoy en día los autores que prefieren trabajar con personajes femeninos. Resultan más atractivos, dicen, dados los matices y complejidades que ofrecen las mujeres literariamente hablando. ¿Usted qué opina, a qué se debe esta fuerte inclinación? ¿Son más atractivas las mujeres como protagonistas de la ficción o responde a un interés comercial, de mercado?

—Hace muchos años, cuando vi la información sobre Enriqueta Faber en las *Crónicas de Santiago de Cuba*, de Emilio Bacardí, enseguida pensé en la posibilidad de escribir una novela sobre ella. Fue una reacción visceral, desprovista del menor cálculo. Ahora bien, pasado el tiempo, al empezar a diseñar la novela, tomé la decisión de hacer de Enriqueta no sólo un héroe femenino sino uno total, es decir, un ser humano que lucha contra viento y marea para actuar según sus códigos, aunque éstos no coincidan con los de la sociedad de su tiempo. No obstante, como seguro ha visto, en la novela también tomo partido por la lucha de la mujer por alcanzar los mismos derechos que disfrutaban los que han nacido hombres. Y eso me parece una causa más que justa.

—Hay cuatro epígrafes en su novela, tres de ellos pertenecen a escritores cubanos ya universales: Alejo Carpentier, Lezama Lima, Cabrera Infante. ¿Es un homenaje a la literatura cubana o una manera de reafirmarse en una identidad personal y literaria?

—El cuarto autor, Leví Marrero, fue el mejor historiador cubano de su tiempo. En realidad, lo que quiero indicar con esas citas es que *Mujer en traje de batalla* es una novela cubana al tiempo que acepto la validez de los textos que cito.

—Usted se va de Cuba más o menos en la misma época que Reinaldo Arenas. En su autobiografía, *Antes que anochezca*, Arenas dice: «El des-

*terrado es ese tipo de persona que ha perdido a su amante y busca en cada rostro nuevo el rostro querido y, siempre autoengañándose, piensa que lo ha encontrado». En el exilio, Arenas se siente como un fantasma de sí mismo. ¿Cómo ha sido esta experiencia para usted?*

—Ciertamente, no ha sido ésa. El exilio me ha hecho dejar atrás algunos amigos, la manera de ser del pueblo cubano, algunos paisajes, parques, paseos y calles. No obstante, gracias a él he podido reunirme con mi familia, viajar extensamente, profundizar en la investigación del Caribe y ganarme la vida como catedrático de literatura, crítico y escritor, que son las tres direcciones en que más me gusta trabajar.